

# LIBROS

40

LETRAS LIBRES  
JULIO 2017

**VV. AA.**  
• FLORECED MIENTRAS

**Ray Loriga**  
• RENDICIÓN

**Antonio Orejudo**  
• LOS CINCO Y YO

**David Grann**  
• Z, LA CIUDAD PERDIDA

**Inés Arredondo**  
• ESTÍO Y OTROS CUENTOS

**Joshua Hammer**  
• LOS CONTRABANDISTAS DE LIBROS  
Y LA EPOPEYA PARA SALVAR LOS  
MANUSCRITOS DE TOMBUCTÚ



**POESÍA**

## Un espléndido mapa



**VV. AA.**  
**FLORECED MIENTRAS.**  
**POESÍA DEL**  
**ROMANTICISMO**  
**ALEMÁN**  
Edición bilingüe de Juan  
Andrés García Román  
Barcelona, Galaxia  
Gutenberg, 2017,  
640 pp.

### GONZALO TORNÉ

Una ausencia recorre este libro de punta a cabo y se deja sentir como, según dicen, algunos miembros amputados. ¿Me refiero a la elección de los poetas? ¿Alguna ausencia llamativa o inexplicable? No, nada de eso. Basta una ojeada para percatarse de que aquí están todos los nombres que espera encontrar un lector no especializado: los hermanos Schlegel, Novalis, Tieck, el filósofo Schelling... y el burlón Heine para cerrar la fiesta. Incluso nos reencontramos con Hölderlin, el más “famoso” de los románticos y al mismo tiempo un poeta de tal envergadura que justificaría su elisión para no entorpecer al resto, y que ha sido incluido en el volumen

con una sabia selección de poemas que nos deslumbran sin desestabilizar el conjunto. Nadie que conozca lo que se despliega cuando se trata de Hölderlin dejará de admirar esta operación de alta orfebrería. A estos nombres hay que añadir varios que el lector español quizás maneja con menos soltura pero de los que querríamos leer más, en especial Clemens Brentano y Joseph von Eichendorff, dos poetas melancólicos, burlones, que se mueven entre la fascinación por lo popular y un tenso misticismo, magníficos ambos.

Se me dirá: ¿cómo vamos a echar en falta a algún poeta si no somos especialistas? Y por el mismo motivo: ¿cómo estar seguro de que la selección es tan satisfactoria como usted dice si desconocemos el percal? Por un conjuro sencillo e infalible: enseguida confiamos plenamente en su antólogo Juan Andrés García Román, hombre servicial, con unas enormes ganas de contar y de explicarse y que despliega un talento tras otro hasta servirnos una edición impecable de un periodo que nos faltaba.

Pese a tener un desarrollo teórico menos apabullante que su vecino alemán, el romanticismo inglés cuenta con un elenco de poetas mucho más cohesionado y célebre, arremolinado en torno a dos centros indiscutibles: el arrollador Wordsworth y el cruel Keats. No se dejen engañar por la falsa delicadeza del londinense ni las poses de paseante despistado que adopta el de los Lagos cuando le conviene: son presencias tiránicas e inflexibles, seminales de todo lo que vendrá después, pautado ya de ese lirismo íntimo del que todavía no hemos

aprendido a escapar (o no nos apeetece): Coleridge, Shelley, Byron, Browning... El mapa es tan famoso que podemos trazarlo con los ojos cerrados. Una antología realmente útil del romanticismo no debería limitarse a establecer un catálogo de poetas, cada uno a su bola, sino que debería insinuar las relaciones entre ellos, objetivo sobradamente cumplido para quien se entretenga a leer las biografías (con voluntad de ensayo crítico) que acompañan a cada uno de los nombres seleccionados. Gracias, pues, por esta indispensable visión de conjunto.

García Román dedica también un apéndice a antologar una serie de textos que dan cuenta del empeño teórico (indispensable para la cabal comprensión del “periodo”) de estos poetas. Aquí presenciamos el que quizás sea el gesto crítico más importante del libro: su antólogo no ha renunciado a que en el libro se manifiesten los elementos más identificables (en cursi: “icónicos”) del romanticismo (ruinas, paisajes, noches, melancolías...), pero amplía y desborda el repertorio al instruirnos sobre la importancia del fragmento, del sentido que le confirieron a la ironía, de la construcción de un habla popular, del empleo de un nacionalismo del que iban a germinar tantas horas oscuras, de la “poesía universal progresiva”, de la tensa relación con el cristianismo, de los monólogos dramáticos, del genio y la gracia, de las primeras aspiraciones hacia un arte total, de la entregada fascinación que les suscita el Shakespeare más desordenado y del incómodo respeto con el que forcejean con Goethe... Todo esto explicado, además, al trasluz de los poemas, el motivo por el que hemos comprado el libro, y a los que estos textos

teóricos (una veintena escasa de páginas de interés concentradísimo) invitan a volver una y otra vez.

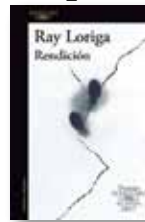
Quien lea este libro recurriendo a las explicaciones suplementarias (notas, biografías, prólogo, texto teóricos...), entrando y saliendo de los poemas, obtendrá no solo un conocimiento amplio e inesperado del periodo, también algo así como una visión dinámica o cronológica sobre los objetivos y las tensiones del romanticismo alemán, sobre sus éxitos y limitaciones, sus perseverancias y olvidos, sus filias y traiciones... desde sus primeros pasos hasta casi el final (pues aunque Heine se toma muy en serio la tarea de bajar el telón de esta “aventura intelectual” numerosas moléculas de “romanticismo” seguirán vivas e identificables, flotando en la atmósfera literaria e incorporándose en sitios inesperados; sin ir más lejos, en el cuerpo de la poesía de otro de esos poetas cuya envergadura desaconseja su inclusión en antologías: Rainer Maria Rilke). Y es aquí, si he entendido correctamente el propósito de este libro, donde se manifiesta, casi desgarradora, la terrible ausencia. ¿Dónde está la cinta de tela (que en años especialmente pródigos para la industria editorial llegaron a ser dos) que provista de la facultad de marcar la página nos permitía movernos por el volumen a la velocidad adecuada? Velocidad que en el caso que nos ocupa solo podía ser la de la inteligencia y la curiosidad bien alimentadas. La dichosa cinta de tela, otro fallo no logro encontrarle a este libro de las maravillas. —

**GONZALO TORNÉ** (Barcelona, 1976) es escritor. Su novela más reciente es *Años felices* (Anagrama, 2017).



**NOVELA**

## Capacidad de adaptación



**Rendición**  
RAY LORIGA  
Madrid, Alfaguara,  
2017, 210 pp.

### ALOMA RODRÍGUEZ

Ray Loriga (Madrid, 1967) comenzó a escribir *Rendición*, Premio Alfaguara 2017, hace siete años. En medio escribió *Za Za, emperador de Ibiza*, para luego volver a *Rendición*, según ha explicado en una entrevista. Decía también que las dos “tratan el mismo tema: la adaptación”. Una de manera “más hilarante e histriónica, y la otra más contenida, hacia los adentros”. *Rendición* es la contenida. El narrador no tiene nombre, como tampoco lo tiene su esposa. Sí lo tienen los hijos: Augusto y Pablo, que fueron a pelear como soldados en la guerra que dura demasiado tiempo y de los que apenas saben nada: “Ayer llegó una carta de Augusto, nuestro hijo, nuestro soldado, que nos cuenta que hace un mes estaba aún vivo aunque eso no confirma que hoy no esté muerto. La alegría que sentimos al leerla hace un poco más grande nuestro miedo.” Del otro, Pablo, hace un año que no tienen noticias. También tiene nombre Julio, el niño mudo que llega a la casa de la pareja protagonista y al que acaban por adoptar. Ni el encargado de la zona ni el dueño del agua ni ningún otro personaje tiene nombre. No sabemos de qué guerra se trata, ni dónde ni en qué tiempo sucede (aunque hay algunos préstamos de escenarios

futuristas), porque eso casi es lo de menos.

La pareja y el niño abandonan la comarca, después de quemar su casa, como les han ordenado, y parten en convoy hacia la ciudad transparente, un lugar donde estarán a salvo, les aseguran. En una muestra de resistencia, el narrador decide enterrar sus escopetas en lugar de quemarlas. Por el camino cae una bomba sobre uno de los autobuses, se pincha una rueda del suyo y el tercero pasa de largo. Continúan a pie hasta la ciudad transparente, donde como su nombre indica todo es transparente, las paredes, puertas, los muros, todo menos la ropa. Y nada huele: ni las heces, ni la orina ni los cuerpos. La nevera siempre tiene todo lo necesario y el dinero no existe. Además, la cerveza es gratis y siempre está fría. Lo único que parece estropear ese paraíso es la exposición constante: ¿cómo hacen para mantener relaciones sexuales los demás habitantes de la ciudad transparente? La ciudad es una burbuja: nadie sabe qué fue de la guerra ni quién ganó ni quiénes son ya los enemigos, en caso de que los siga habiendo. Poco a poco, la suspicacia del narrador va creciendo y comienza a inquietarse y sospechar de todo: “Seguí andando por la calle animado por esa felicidad tan grande que me llevaba en volandas sin que yo pudiera hacer nada por detenerla. Una felicidad tan grande, tan plena y tan injustificada que, a qué negarlo, empezó a agobiarme.”

*Rendición* es una fábula sobre un personaje que trata de sobrevivir y seguir adelante a pesar de las circunstancias, pero incluye también ideas sobre la guerra, sobre la paternidad, el amor o la propia existencia. Por ejemplo: “La guerra para los padres no es la guerra

de los hombres que pelean, es una guerra distinta. Aguardar es nuestra única tarea.” O: “Uno siempre ha oído hablar de las barbaridades que hacen los soldados en la retaguardia cuando la locura que es la guerra les da patente de corso para volverse salvajes ellos también, pero quiero pensar que a nuestros hijos los hemos criado para tener más sentido y para vigilar por sí mismos su conducta aun cuando nadie los vigile a ellos.” Y también: “La gente que sabe contar historias siempre tiene compañía.” El narrador es una especie de perdedor al que todo le sale mejor de lo que sería de esperar dadas las circunstancias. El contraste entre conformismo e inconformismo resulta entrañable. Alternando con el relato del peregrinaje, ha ido contando la historia de amor con su mujer, un amor que, “enfrentado a esta guerra, se va haciendo fuerte”. El primer marido de ella “murió de viejo y sin dolerle mucho nada, y a los dos años de enterrado, más que pasado el luto, subí yo por primera vez a la alcoba de mi señora y tan solo dos meses después nos casamos por la iglesia, y en un tiempo no muy largo nació nuestro primer hijo, Augusto”. También deja algunas pistas que permiten reconstruir su vida antes de la guerra e incluso antes de su mujer: “Antes de que ella me hablara yo era poco más que un bruto en lo social, aunque muy aplicado y eficiente en lo mío, eso sí.”

*Rendición* es una distopía que, en su estilo, recuerda a Juan Rulfo, pero también me hizo pensar en la novela de Doctorow *Cómo todo acabó y volvió a empezar*, por el escenario de western apocalíptico, que luego se abandona por el de la ciudad transparente, un lugar a primera vista perfecto en el que todo es en realidad apariencias. La

novela admite diferentes lecturas y se presta también a las simbólicas (de ahí la filiación con *1984* de Orwell); la más evidente, la de las redes sociales y la exposición permanente de nuestras vidas. Y de una manera más general, ofrece una mirada crítica a algunas tendencias de la sociedad, como la obligatoriedad de la felicidad, un buenrollismo vital que molesta al narrador y que lo lleva al borde de la locura: “Es curioso comprobar cómo se echan de menos sensaciones que no son buenas, y cómo sin miedo alguno se duerme bien pero se levanta uno extraño.” Es una novela sobre la resistencia a los cambios. No es un libro que sermonee, todo lo que cuenta está salpicado de humor y de personajes humanos, y está escrito con una prosa que combina frases contundentes con el ritmo y el pulso narrativo. —

**ALOMA RODRÍGUEZ** (Zaragoza, 1983) es escritora. En 2016 publicó *Los idiotas prefieren la montaña* (Xordica).



## NOVELA

### El veneno de la literatura



**Antonio Orejudo**  
**LOS CINCO Y YO**  
Barcelona, Tusquets,  
2017, 251 pp.

## MANUEL ALBERCA

El protagonista y narrador de esta novela se llama Toni, o sea Antonio, y es también profesor universitario y novelista como Orejudo. Desde la atalaya de los cincuenta (la misma edad de Antonio Orejudo), Toni recuerda su infancia

y juventud. (Evidentemente cualquier parecido con la realidad no es pura coincidencia, sin que esto autorice a imaginar que autor y personaje son idénticos. Se parecen, pero no son el mismo.) A esa altura de la vida, Toni no se siente ni frustrado ni satisfecho, pero sabe que los sueños que ingenuamente alimentó de joven se han esfumado.

Pero Toni no es una excepción. O eso al menos piensa. Cree que su generación, la del *baby boom* de los años sesenta, ha sido oscurecida por los que protagonizaron la Transición democrática y por los “indignados” del 15M. La de nuestro personaje es una generación encogida y mansa, a la que se le ha pasado la vez sin llegar a protagonizar su turno. En fin, es una generación sándwich, laminada por los felipegonzález y pabloiglesias. Como se habrán dado cuenta, Toni practica el victimismo propio de su desencantada movida generacional, porque si bien es cierto que no ha triunfado, tampoco se puede decir que haya fracasado. No son la “generación perdida” española, ni tienen el aura de los perdedores, han quedado inéditos, borrados del mapa. Si los sueños sueños son, los de Toni y su generación fueron sueños literarios, y se han cumplido solo en una mezcla inconsútil de ficción y realidad, o, lo que es lo mismo, en su imaginación.

El narrador levanta acta de la deriva de su generación, cuando pasa lista a los compañeros de curso por riguroso orden alfabético, eso sí, saltando la O del innombrable apellido de Toni, que sonaría a cruel insulto infantil. Es la suya una mirada sin nostalgia ni dramatismo, porque una dosis de ironía suaviza el balance nada complaciente en el que Toni se expone a sí mismo al ridículo público. El humor es el

mecanismo que permite a Orejudo ser exigente y cariñoso.

En *Los Cinco y yo* se van encajando diferentes historias y planos narrativos, que quedan enlazados por una suerte de mágicos vasos comunicantes o de corredores secretos. La novela es en primer lugar la historia de Toni, Toñito para su madre, que lo ha convertido en un chico retraído por culpa del exceso de celo protector. La máxima de la madre se podría definir como un fatalismo anticipado para defenderse de los posibles “zarpazos” de la vida, que aconseja un preventivo y profético “ponte en lo peor”. Bajo esa óptica anestésica, la vida no hace daño ni sorprende, pero queda encapsulada como una crisálida. A esto se suma el papel de la abuela, que tiene unas dotes soberbias de narradora oral. Le inocular a la vez el veneno de la literatura y lo inicia en la experiencia del miedo. Su especialidad es el cuento “Pulgarcito”, que renueva cada vez con variaciones y sorpresas truculentas; su arte es intimidante y terrorífico. Para Toni, la iniciación literaria representa en realidad y al mismo tiempo la iniciación a la vida, le sirve de estímulo y facilita sus ritos de paso: de la niñez a la adolescencia, de esta a la juventud, y así hasta la supuesta madurez, que en su caso no es sino la vuelta a una infancia mejorada.

Apocado por parte de madre y asustón por la abuela, Toni deviene un lector compulsivo, y las veintuna novelas de los Cinco, de Enid Blyton, constituyen un hito trascendental, más allá de lo meramente literario. La manera de leer estas novelas encierra una idea de la literatura como experiencia gozosa: la lectura “hecha con las tripas” sin otro fin que “el disfrute animal”. En este sentido el relato se presenta como un homenaje a aquellos héroes

que animaron las siestas de los años impúberes, cuando se vivían las aventuras de los Cinco, como si fueren propias, sin otra mediación que la fascinación y la magia. Esta manera de gozar de los libros es también la del Toni adulto, que defiende una literatura sin aspiraciones trascendentales, si acaso todo lo contrario. Hace una apuesta por la liviandad literaria y defiende una rebelión contra cualquier idea de canon o de lectura obligatoria.

Una vez inoculado el virus, el contagio literario no hará sino crecer en la juventud. Toni se convierte en un joven “letraherido”, que no se conforma solo con escribir, sino que anida la desmesurada pretensión de hacer la Obra que cambie la Historia de la Literatura Universal. En unión del gordito y pedante Reig y de Juan Manuel, el Chepa, la historia se vuelve una comedia desternillante. Los tres amigos, proclives al disparate y obsesionados por la literatura, se contagian mutuamente con sus fantasías literarias. Desde este punto de vista, Antonio Orejudo ha escrito una original novela de aprendizaje literario o de formación sentimental.

Dicho así daríamos una idea parcial y hasta engañosa de la novela y de su trama, porque hay mucho más. *Los Cinco y yo* está construida como la glosa de *After five*, un libro de Reig (en realidad una historia que su amigo de correrías literarias le ha pirateado impunemente). El libro de Reig, un bestseller mundial y un pelotazo que le ha hecho multimillonario, es a su vez una secuela *zombie* de la obra de E. Blyton. Es decir, la novela es “la glosa de una glosa” (Orejudo *dixit*) y la exégesis de un texto inexistente. Todo el relato está atravesado por este recurso borgeiano, en el cual espejean otras referencias, entre las que me atrevo a



conjeturar la fértil e inspiradora presencia de la obra de César Aira, en la que se imbrican lo autobiográfico y lo disparatado, cercano al *nonsense* de Lewis Carroll y Edward Lear.

Entre las tramas novelescas y las biográficas de esta novela se abren galerías y pasajes por donde la ficción y la realidad se van uniendo y separando de manera imprevista y armónica. En este punto Orejudo muestra su oficio de narrador divertido y hábil, que es capaz de contar con humor situaciones patéticas, y de tejer un cañamazo bien cosido entre las múltiples historias y planos que el relato maneja. Es de destacar la maestría para trasvasar de lo autobiográfico a lo ficticio, y viceversa. Orejudo logra un perfecto ensamblaje entre los diferentes planos, y al lado amable de las historias le superpone a veces su reverso más ácido.

¿Cómo cerrar una novela que abre tantas líneas y disyuntivas narrativas? En la elección del desenlace se juega el efecto del cierre, y Toni Orejudo acierta plenamente al llevar hasta sus últimas consecuencias la fidelidad a la infancia y a la pasión por las novelas de los Cinco. Es la suya una solución redonda y feliz, donde confluyen los diferentes hilos del relato y las tesis literarias y vitales que ha ido tejiendo. En el picnic final, cuando Toni confraterniza con los héroes de Blyton, y al fin degusta el deseado pastel de carne y prueba la enigmática cerveza de jengibre, la realidad y la ficción se mezclan y completan armónicamente.

Así son de caprichosos los pasadizos de la buena literatura, que te llevan a donde no sabías ir, y encuentran siempre las mejores salidas. —

**MANUEL ALBERCA** es catedrático de literatura española en la Universidad de Málaga. En 2015 publicó *La espada y la palabra: Vida de Valle-Inclán* (Tusquets).

## PERIODISMO

### En el infierno verde



**David Grann**  
**Z, LA CIUDAD PERDIDA**  
Traducción  
de Nuria Salinas  
Barcelona, Literatura  
Random House, 2017,  
416 pp.

### ÁLVARO COLOMER

Resulta curioso que, en esta época en la que se viene anunciando la muerte de la literatura de viajes, surja un movimiento de reivindicación de las hazañas protagonizadas por los trotamundos más intrépidos de todos los tiempos: los exploradores. Si hace apenas cinco años que William Ospina entregó el último volumen de su colosal trilogía sobre la Conquista de América y la búsqueda de El Dorado (*Ursúa, El país de la canela y La serpiente sin ojos*, todos en Literatura Random House), y si hace apenas uno que Alicia Koplowitz sorprendió a la crítica con su alegoría sobre las primeras expediciones árticas y antárticas en *Hermano de hielo* (Alpha Decay), ahora asistimos a la recuperación, con motivo del estreno de la película homónima dirigida por James Gray, de *Z, la ciudad perdida*, una no ficción de David Grann, periodista de *The New Yorker*, en la que se recupera una de las figuras más emblemáticas de la exploración amazónica: Percy Harrison Fawcett. Es como si, instalada en el imaginario colectivo la idea de que ya no quedan territorios vírgenes en el planeta, los escritores hubieran decidido mirar al pasado para seguir hablando de esa épica del viaje hoy en peligro de extinción. Porque, como dice la nieta de Fawcett en

el libro objeto de esta reseña, “en sus tiempos, uno podía marcharse con el fin de descubrir alguna parte recóndita del mundo. Ahora, ¿a dónde se puede ir?”.

Obsesionado con la búsqueda de restos arqueológicos que demostraran la existencia de una civilización avanzada en el corazón del Amazonas, el coronel Fawcett no solo se convirtió, a principios del siglo XX, en uno de los exploradores más destacados de la Royal Geographical Society, sino también en uno de los aventureros más famosos de todos los tiempos. Este expepía del gobierno británico, soldado de la Primera Guerra Mundial y aficionado al ocultismo se enfrentó a los estamentos científicos de la época al asegurar que, en los alrededores del río Xingú (Mato Grosso, Brasil), se alzaba una ciudad cuya mera existencia cuestionaba la “teoría del determinismo ambiental” imperante en aquel entonces, según la cual las condiciones de vida en la selva imposibilitaban el desarrollo de cualquier tipo de sociedad avanzada. El británico dedicó toda su vida a la búsqueda de ese lugar, que bautizó con el lacónico nombre de Z, y su empresa fascinó a tanta gente que la industria del cine y las cabeceras de los periódicos estadounidenses la convirtieron en un asunto de interés internacional. Millones de lectores compraban la prensa a diario para seguir las andanzas de aquel militar a quien, paradójicamente, tomaban por loco.

Tras varios intentos fallidos y ya convertido en el hazmerreír de la comunidad científica, Fawcett se internó en la selva en 1925 y nunca volvió a salir. Esta desaparición engrandeció su leyenda del mismo modo que lo hicieron las de Andrew Irvine en el Everest, John Franklin en el ártico canadiense y Roald

Amundsen en el mar de Barents, y provocó la llegada de cientos de exploradores dispuestos a partir en su búsqueda (en su mayoría, tampoco regresaron), amén de generar toda una industria del entretenimiento cultural que se podría resumir con tres ejemplos: Arthur Conan Doyle se inspiró en las teorías de Fawcett para escribir *El mundo perdido* (1912), novela en la que unos exploradores encuentran una meseta todavía habitada por animales prehistóricos; en el álbum de Tintín *La oreja rota* (1937), Hergé hace que su famoso reportero localice en el Amazonas a un aventurero británico (presunto álter ego del coronel desaparecido) al que comenta: “Todo el mundo le cree muerto”, a lo que el otro responde: “He decidido no regresar a la civilización”; y en la novela *Indiana Jones y los siete velos* (Rob MacGregor, 1991) el hollywoodense arqueólogo localiza a Fawcett en mitad de la selva y juntos demuestran la existencia de Z. El hecho de que la cultura popular se siga ocupando de aquel explorador indica sobradamente la fama que sus aventuras tuvieron y siguen teniendo.

Así pues, fascinado por la leyenda tanto del hombre como de la ciudad, David Grann emprendió en 2005 su propio viaje al Amazonas y escribió este libro en el que, además de reflexionar sobre la obsesión y el espíritu de aventura, dibuja un retrato estremecedor de la degradación a la que ha sido tradicionalmente sometido el pulmón del planeta a manos no solo de los conquistadores (cuya destrucción se revela aquí mucho mayor de lo que todos habíamos imaginado), sino también de esos industriales del caucho, de la soja, de la madera y de la energía que, además de esquilmar la selva, la han convertido en la mayor fábrica de esclavos del siglo xx y,

también, xxi. Paralelamente a esta denuncia, Grann analiza el cambio de paradigma científico producido a lo largo de las últimas décadas, prestando especial atención a la investigación realizada por el arqueólogo Michael Heckenberger, cuyo trabajo ha demostrado que el Amazonas no es ese “paraíso ilusorio” del que habló su colega Betty Megers, sino un lugar donde realmente existió cuando menos una sociedad capaz de construir carreteras, levantar puentes y crear núcleos urbanos más poblados que la mayoría de ciudades europeas del Medievo. Por tanto, una civilización en toda regla que, de no haber sido brutalmente aniquilada, podría habernos ayudado a comprender que el ser humano puede vivir —y evolucionar— en perfecta comunión con la naturaleza. —

**ÁLVARO COLOMER** (Barcelona, 1973) es escritor. Este año ha publicado *Aunque caminen por el valle de las sombras* (Literatura Random House).



## CUENTO

### Cazar la señal



**Inés Arredondo**  
**ESTÍO Y OTROS CUENTOS**  
Selección y prólogo de Geney Beltrán Félix  
Ciudad de México, Océano, 2017, 192 pp.

### GABRIELA DAMIÁN MIRAVETE

Geney Beltrán Félix, responsable de la selección de las historias compiladas en *Estío y otros cuentos*, resume en el título del prólogo la ambivalencia que produce la figura y la obra de Inés Arredondo: “entre el paraíso y el infierno”. Por un lado, está la percepción más difundida por la crítica y la historia literaria: la de una

hábil autora de narraciones breves, bien acogida por el sistema cultural mexicano desde la aparición de su primer libro (*La señal*, 1965), cuya escasa obra ha sido ubicada en el espectro de lo siniestro o lo perverso al abordar la violencia, el incesto y la muerte en sus historias (aquí estaría el infierno). Por otro lado, está la escritora que se describe a sí misma como una “cazadora de señales” que deseaba “a través de una historia, encontrar el sentido trascendente de la misma, o más bien, del tema de la historia. Busco ‘el misterio que resplandece’, como diría Juan Vicente Melo” (aquí, el paraíso). Esta última perspectiva, honda en sus intenciones pero sutil y luminosa en su ejecución, es la que puede sorprender a quienes se acerquen a Inés Arredondo a través de esta relectura contemporánea de su obra.

En *Estío y otros cuentos* están los relatos infaltables en una colección como esta, pues son célebres por albergar ese infierno dibujado por la prosa exacta de Arredondo: “La sunamita”, una muchacha que se casa con su tío moribundo para convertirse en su heredera sin saber que deberá cumplir con los deberes sexuales de esposa; “Mariana”, donde la protagonista está condenada a muerte por los celos que su amante siente frente a la idea de nunca poseerla del todo; “Río subterráneo”, cartas en las que una tía confiesa a su sobrino la locura de la familia, cuya espléndida casa conduce a un misterioso río. El escenario de estas historias es un Culiacán mitificado, vestidos de novia, árboles frutales y casas señoriales concentrados en una geografía mínima: Eldorado, la hacienda de la familia Arredondo (lugar feliz: fue el abuelo de Inés el primero en apoyar su carrera literaria). “Es un mundo esencialmente solar, dueño de una

luz cuyo reflejo intensifica todas las ocasiones. Es un mundo de huertas umbrosas que terminan en un río, de calor, de un mar con agua fría y de arena sobre la que brilla, deslumbrante, el sol”, escribió Juan García Ponce. En relatos como “Estío” y “Olga” se percibe el afán de serle fiel a la memoria del lugar pero también a la necesidad de preservarlo dentro de la esfera cristalina y lejana de lo poético; fiel a la aspiración universalista de la Generación de Medio Siglo a la que Arredondo perteneció.

Es difícil ignorar su aversión hacia el feminismo, incluso hacia la denominación de *autora*: “Yo no soy escritora, yo no quiero ser una de las mejores escritoras. Quiero ser uno de los mejores narradores de México junto con los hombres, yo creo que las mujeres nos estamos discriminando solas.” Aunque es cierto que da la impresión de conceder mayor gravedad a la experiencia de sus personajes masculinos (la perspectiva de los asesinos y violadores parece resultarle más capitalizable que la de las víctimas, pero esta es una característica común en la literatura, de índole histórica), logró otorgarles soberanía a sus personajes femeninos, una capaz de ejercerse incluso dentro de las prisiones en las que su contexto los encierra: el matrimonio, la maternidad, la fe, la dependencia económica. Son mujeres dueñas de sí mismas a través del placer y el deseo, de sus malas decisiones, de la mirada perdida en una reflexión inasible para quienes creen poseerlas. Pocas llegan más lejos (quizá Lía, la protagonista de “Las mariposas nocturnas”, relato ausente en esta colección).

Considerando que varias de estas mujeres transgreden el orden precisamente a través del sexo, es

interesante que Beltrán se pregunte en el prólogo: “¿Es acaso la escritura de Arredondo demasiado pudorosa ante los dilemas y ansias del cuerpo de la mujer? ¿Solo mediante el vuelo poético se ha de referir el placer femenino, embelleciéndolo al mismo tiempo que se le despoja de las referencias a lo más inmediato de la carne?” Responde con otra pregunta: “¿No hay —quiero decir— un recato impuesto inconscientemente por las estructuras culturales del machismo?” Puede que en este caso lo haya, pero también habría que conceder la posibilidad de que sea una estética elegida cuidadosamente por Arredondo, como su afán universalista. Cabría preguntarse también: ¿cuál es el estándar de las “referencias a lo más inmediato de la carne”? ¿Qué autores, qué autoras, de qué geografía, qué momento en la historia? Beltrán prosigue: “¿Es injusto exigir a toda escritora que con amplitud despliegue, reivindicándolos en su suceder, los talentos del deseo sexual de la mujer?” Probablemente. Habría que preguntarnos si no es una expectativa limitada considerar que la transgresión de una escritora pasa forzosa-mente por la sexualidad enunciada (la vivencia del cuerpo abarca más complejidades); y habría que considerar también que esta nunca parece ser suficiente: incluso las autoras del siglo XXI siguen sometidas a este escrutinio. ¿Será que todavía deba darse en términos que complazcan a los varones? Porque, por ejemplo, la crítica más visible suele ignorar obras literarias que explicitan la sexualidad lésbica.

En *Estío* y *otros cuentos* están otras historias que carecen de la llamativa etiqueta del incesto o la violación y en su lugar ofrecen un vistazo al paraíso, breves momentos de utopía

terrenal urdidos por la autora, más que con un discurso religioso, con la materia del lenguaje, la vida cotidiana y una conciencia positiva de la otredad. Aunque “La señal” ocurre dentro de una iglesia y sus personajes recrean una escena icónica de la cultura judeocristiana (besar los pies del otro como signo de humildad), Inés Arredondo convierte este gesto en el hallazgo de una humanidad compartida que sorprende al protagonista y le otorga relevancia a su existencia. Esta comunión también se da en “Año Nuevo”, cuento de apenas dos párrafos en el que la protagonista encuentra consuelo en la mirada compasiva de un extraño durante un viaje en metro. En “2 de la tarde”, el reconocimiento de la otredad es más complejo. Arredondo escribe desde la perspectiva de un acosador. Su mirada objetivizante hacia una mujer se modifica cuando, al sentirse observado de vuelta por ella, es capaz de percibirse a sí mismo concienzudamente: “Sintió vergüenza como si estuviera desnudo. Se había visto con aquellos ojos ajenos, serenos, diferentes.” El juego de miradas hace que él sea capaz de atribuirle dimensión humana a la joven, lo que los lleva a compartir un último gesto de amabilidad al final.

Quizá el contraste que otorga esta otra parte de su obra, el de la epifanía y la luz, es el que acabó por hacer de Inés Arredondo la cazadora de señales, de “la verdad o el presentimiento de la verdad” (como escribió) que deseaba ser: una de las autoras mexicanas más brillantes, que con precisión y belleza trascendió sus propias ideas acerca de la escritura, incluso de aquella ligada a la experiencia de ser mujer. —

**GABRIELA DAMIÁN MIRAVETE**  
es escritora y editora.

## ENSAYO

# La biblioteca de Tombuctú



**Joshua Hammer**  
**LOS CONTRABANDISTAS DE LIBROS Y LA EPOPEYA PARA SALVAR LOS MANUSCRITOS DE TOMBUCTÚ**  
Traducción de Mariano López  
Barcelona, Malpaso, 2017, 286 pp.

## JUAN MALPARTIDA

Este libro cuenta cómo se reunió una biblioteca, en árabe y en lenguas locales, con libros perteneciente a los siglos XIII-XVII, en Tombuctú, y cómo sobrevivió al fanatismo destructor y homicida de Al Qaeda. La yihad promulgada, exaltadora de una sociedad pura, difícilmente podía tolerar tratados de lógica, jurisprudencia, astrología, o exaltaciones amorosas de acento romántico. Esos libros también pertenecían al mundo musulmán, pero representaban, en buena parte, una actitud tolerante, el gusto por la belleza y la sensualidad, eso que la pureza ideológica, política o religiosa difícilmente tolera, cuando no persigue con saña. Y en toda esta historia de reunión de lo disperso y defensa del legado, Abdel Kader Haidara cumple un papel protagónico. En la casa familiar de Haidara se hallaban, guardados en arcones, miles de manuscritos. Su padre, Mamma Haidara, nacido a finales del siglo XIX en Bamba, en lo que entonces era el Sudán francés, tuvo una vida viajera y estudiosa, y al regreso a su pueblo trajo con él manuscritos diversos y coranes iluminados, algunos de ellos de un valor enorme, desde Sudán, Egipto, Nigeria y Chad, sumándolos a la colección que su familia había iniciado en

el siglo XVI. Luego se estableció en Tombuctú, donde escribió sobre astrología y genealogía de los clanes de la ciudad. Mali logró la independencia en 1960, y aún entonces se pensaba que los africanos negros eran iletrados y sin historia. Pero, como cuenta Joshua Hammer, “los manuscritos de Tombuctú demuestran que una sociedad sofisticada y librepensadora había florecido al sur del Sáhara en una época en que gran parte de Europa seguía inmersa en la Edad Media”. Toda esa cultura, tras la conquista marroquí de Tombuctú en 1591, se había sumergido en la clandestinidad, literalmente, ocultando en agujeros y armarios herméticos los manuscritos coleccionados por familias diversas. Esa cultura reapareció en el siglo XVIII para ocultarse de nuevo durante los setenta años de colonización francesa. Mamma Haidara falleció en 1981 dejando una notable fortuna a sus hijos, mucho ganado, y cinco mil manuscritos en la ciudad de Tombuctú y cerca de cuarenta mil en Bamba. Estas obras fueron legadas a Abdel Kader Haidara, con la obligación de no venderlas y, al contrario, preservarlas y protegerlas. Hizo eso y más.

Este libro cuenta, además de las peripecias para “desenterrar” muchos otros manuscritos, con la ayuda monetaria de varias entidades europeas y americanas, las guerras en Mali y países fronterizos con Al Qaeda. Hay estudios parciales sobre esos siglos ilustrados a los que pertenece la actividad de edición de un sector del mundo africano musulmán, y obras como las de John O. Hunwick sobre el legado literario de Tombuctú, pero una amplia historia de esos siglos no solo cambiaría nuestra visión de ellos sino de nosotros mismos, además de tener atractivo en sí misma. Sin

duda algo se sabía, por ejemplo, en *Descripción de África y las cosas peregrinas que allí hay* (1526) de León el Africano (Al-Fasi), quien tras la expulsión de los moros de Granada se estableció con su familia en Fez. Tombuctú, bajo la influencia del rey Mohamed Turé, era entonces una verdadera ciudad universitaria, rica en palacios y mezquitas. Por entonces el papel era importado desde Venecia, pero la ciudad llegó a casi quinientas fábricas productoras de papel. Los manuscritos se caligrafiaban con tintas extraídas de plantas y minerales del desierto, y, como aún no se encuadernaban, los folios, sin numerar, eran recogidos en carpetas elaboradas con piel de cabra o de oveja. No solo editaban para ellos, sino que dicha actividad se convirtió en un gran comercio. En las aulas donde se impartían clases los manuscritos solían estar escritos en árabe, pero también se hallaban otros en lenguas locales (tamashek, fula, hausa, bambara, soninké) transliteradas al árabe clásico. Tombuctú se convirtió en una ciudad altamente comercial y centro de visitas e influencia de numerosos eruditos en la tradición coránica (dichos y hechos del profeta), pero también en sufismo, esa mística amable del islam, y en la escuela malikí de jurisprudencia. Por lo visto, el islam de Tombuctú nunca fue muy estricto, siendo muy receptivo hacia las ideas seculares del saber (las ciencias, por ejemplo), pero también a aspectos que revelan una conciencia de la sexualidad de la mujer ajena a la que tenía nuestro mundo occidental por la misma época, como lo muestra, por ejemplo, la popular obra *Consejos para que los hombres contenten a sus mujeres*, que Hammer califica de “guía Baedeker del orgasmo”. Quizás la única notable intolerancia fue ante los judíos, que, asentados en el Magreb tras su



expulsión de Palestina por los romanos en el siglo I d. C., lograron controlar una parte del comercio de la sal. Este negocio, por otro lado, fue el que despertó las ambiciones del sultán de Marruecos, quien a finales del siglo XVI exigió que les cedieran el control de las minas saharianas de sal de Teghaza. Ante la negativa, Tombuctú fue conquistada y con dicha caída desapareció “como capital del escolasticismo”. Después de 1660 estuvo bajo el dominio tuareg. A comienzos del XIX, reformadores sufíes procedentes del delta del río Níger promulgaron una “yihad de la espada”: prohibieron el tabaco, el alcohol, la música, abrieron escuelas coránicas, segregaron a los hombres y mujeres en las escuelas (en la España de hoy hay escuelas así... financiadas en parte por el Estado) y en la vida pública, además de destruir numerosos manuscritos de disciplinas ajenas al Corán, por considerarlas, bajo la mirada de ciclope del fanatismo, distracciones de la adoración a Dios.

Pero la pasión coleccionista y conservadora continuó, así fuera bajo las arenas, sostenida por algunas familias que llevaron a cabo la conservación de esos manuscritos como una verdadera tradición insoslayable. Abdel Kader Haidara, apoyado por el Instituto Ahmed Baba, inició la búsqueda de manuscritos

en 1984, comenzando por las doce familias de la ciudad que habían dominado durante siglos el coleccionismo de libros. No fue fácil, a pesar de ser hijo del respetado erudito Mamma Haidara. Los viajes en camello, coche y canoa, y las numerosas peripecias no exentas, a lo largo de los años, de peligros extremos son dignos de una buena novela. Haidara no solo los buscaba y restauraba, sino que leía muchos de ellos y se convirtió en un hombre de gran cultura. En 1993 había adquirido dieciséis mil quinientos manuscritos, creando una de las mayores colecciones públicas de libros manuscritos en árabe del mundo, y en enero del 2000 se inauguró la Biblioteca Conmemorativa Mamma Haidara. Unos años después, en 2006, tras leer un artículo sobre los redescubrimientos de estos documentos, el *Smithsonian Magazine* encargó a Joshua Hammer escribir sobre esta tarea de salvamento literario, cuyo producto final es este libro que comentamos.

Hay otra colección importante en Tombuctú, debida al coleccionista Ismael Diadié Haidara, descendiente de un académico morisco huido de Toledo con su biblioteca en 1469. Localizó los libros y con una financiación española creó la Biblioteca Fondo Kati, con algo más de siete mil manuscritos, de temas relativos a la vida de cristianos y judíos en el imperio songhai, el comercio y otros temas históricos y eruditos, a lo que hay que sumar dos coranes iluminados, uno copiado en Turquía en 1420 y otro en Ceuta en 1198. Todos estos libros, y no solo ellos, peligraron y muchos fueron destruidos por las acciones de Al Qaeda del Magreb Islámico en Mali (que antes se había denominado Grupo Salafista para la Predicación y el Combate),

capitaneados por personajes como el argelino Abdelhamid Abu Zeid o Mojtat Belmojtat. Estas guerras, acciones terroristas, destrucciones e influencias políticas y religiosas en la zona forman parte de la política de años recientes, y su historia y significado exceden mis competencias, pero son en buena parte, y para lo que afecta al tema central del libro, descritas por Hammer, que hizo varios viajes como corresponsal, además de por sus intereses en las famosas bibliotecas y sus valientes salvadores. Baste decir que lo que Al Qaeda pretendía era destruir los regímenes laicos árabes y musulmanes y sustituirlos por un Estado fundamentalista panislámico. Uno de los habitantes de Tombuctú lo expresó con sencillez: “Nos quitaron la alegría de vivir.” Naturalmente, hicieron mucho más en la aspiración por la pureza en nombre de la abstracción geométrica. Lo más similar en el orden del fanatismo es el grito del militar español, cuyo nombre prefiero olvidar, en los primeros días de la sublevación militar del 36 en España: “Muera la inteligencia. Viva la muerte.” La quema por Al Qaeda de 4.202 manuscritos, que habían sido preservados durante siglos, es un buen símbolo de lo que puede una sola idea (en sí misma vacía) y un poco de gasolina. Pero muchos otros sobrevivieron, gracias a un puñado de hombres dirigidos por Abdel Kader Haidara, cuyo nombre merece brillar como esas iluminaciones de las ediciones manuscritas que ayudó a preservar, reunir y poner a disposición de la curiosidad y la distracción del lector en una biblioteca de Tombuctú. —

**JUAN MALPARTIDA** (Marbella, 1956) es escritor y crítico. Dirige la revista *Cuadernos Hispanoamericanos*. Este año ha publicado *Margen interno* (Fórcola).

